

Jue
10
Jul
2014

Evangelio del día

[Decimocuarta semana del Tiempo Ordinario - Año Par](#)

“Id y proclamad que el reino de Dios está cerca”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Oseas 11, 1-4. 8c-9

Esto dice el Señor:

«Cuando Israel era joven lo amé
y de Egipto llamé a mi hijo.
Cuanto más los llamaba,
más se alejaban de mí:
sacrificaban a los baales,
ofrecían incienso a los ídolos.
Pero era yo quien había criado a Efraín,
tomándolo en mis brazos;
y no reconocieron que yo los cuidaba.
Con lazos humanos los atraje,
con vínculos de amor.
Fui para ellos como quien alza
un niño hasta sus mejillas.
Me incliné hacia él
para darle de comer.
Mi corazón está perturbado,
se conmueven mis entrañas.
No actuaré en el ardor de mi cólera,
no volveré a destruir a Efraín,
porque yo soy Dios,
y no hombre;
santo en medio de vosotros,
y no me dejo llevar por la ira».

Salmo de hoy

Salmo 79, 2ac y 3b. 15-16 R/. Que brille tu rostro, Señor, y nos salve

Pastor de Israel, escucha,
tú que te sientas sobre querubines, resplandece,
despierta tu poder y ven a salvarnos. R/.

Dios de los ejércitos, vuélvete:
mira desde el cielo, fíjate,
ven a visitar tu viña.
Cuida la cepa que tu diestra plantó
y al hijo del hombre que tú has fortalecido. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 10, 7-15

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles:

«Id y proclamad que ha llegado el reino de los cielos. Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, arrojad demonios.

Gratis habéis recibido, dad gratis.

No os procuréis en la faja oro, plata ni cobre; ni tampoco alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; bien merece el obrero su sustento.

Cuando entréis en una ciudad o aldea, averiguad quién hay allí de confianza y quedaos en su casa hasta que os vayáis. Al entrar en una casa, saludadla con la paz; si la casa se lo merece, vuestra paz vendrá a ella. Si no se lo merece, la paz volverá a vosotros.

Si alguno no os recibe o no escucha vuestras palabras, al salir de su casa o de la ciudad, sacudid el polvo de los pies.

En verdad os digo que el día del juicio les será más llevadero a Sodoma y Gomorra, que a aquella ciudad».

Reflexión del Evangelio de hoy

Desde Egipto llamé a mi Hijo.

Desde el seno materno Dios nos ama, pero nosotros, irresistiblemente, no cejamos de cobijarnos o agarrarnos a los ídolos que se presentan en nuestra vida, por el miedo a la inseguridad, no fiándonos de Dios.

Dios Padre misericordioso nos llama desde Egipto, tierra en la que hemos sido esclavizados por nuestras pasiones; nuestras debilidades se han hecho fuertes separándonos del amor que Dios Padre Misericordioso ha depositado en nosotros.

Esta falta de correspondencia a la gracia recibida desde la bondad de Dios Padre misericordioso, hace que pongamos la confianza en los ídolos que nos seducen, y aunque Dios insiste en llamarnos una y otra vez hacia sí, nos dejamos cegar por el mundo, que en su ansia por el poder, por esta obsesiva intencionalidad de ser señor de sí mismo, no ve más allá, sino que está cegado, engañado, utilizado y en esta no correspondencia al amor de Dios, experimenta la soledad más absoluta de no ser amado por alguien, él mismo se aísla del mayor amor que existe y que siempre le será fiel.

Él es el que levanta el yugo de nuestra cerviz, él nos da su alimento, al vernos tan desolados se mueve a misericordia, él es el Santo en medio de la comunidad y no actúa como los hombres, rencorosos y coléricos, sino que se le mueven las entrañas a misericordia debido a su Santidad. Volvamos nuestra mirada al Santo para que nosotros imitemos su santidad y nos adentremos en una vida regida por el amor de Dios, iluminada por su santidad y seamos guiados en medio del desierto, para pisar sus mismas pisadas de amor, misericordia y entrega en fidelidad total a un amor tan grande, correspondámosle con una vida santa.

Id y proclamad que el reino de Dios está cerca.

En este fragmento del evangelio de San Mateo, Jesús envía a los apóstoles expresamente a las ovejas extraviadas de Israel; para ellos, “id y proclamad”, es un imperativo y a la vez un mandato del Señor Jesús: curad, resucitad, limpiad, echad, todas estas expresiones manifiestan cómo Jesús quiere liberarnos del mal que nos asedia en este mundo. Para ello los apóstoles, reciben gratis este don para la misión, de parte del Señor Jesús.

La misión apostólica, acompañada de una forma concreta de vivir y expresar la buena noticia de Jesucristo, ayuda al pueblo al que se dirige el anuncio del reino de Dios; por ello, es al enfermo por los pecados, por la debilidad humana, al que acude el apóstol. Así, nuestra predicación, ha de ser desde la humildad y sencillez de una vida desde la verdad y transparencia de nuestras obras, manifestando al mundo la alegría de la vida cristiana.



MM. Dominicas

Monasterio de Santa Ana (Murcia)